

## Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Por una Europa no silenciosa

Autor: Cappelletti, Vincenzo

Forma sugerida de citar: Cappelletti, V. (1998). Por una Europa no silenciosa. *Cuadernos Americanos*, 5(71), 27-36.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año XII, núm. 71, (septiembre-octubre de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: [betan@unam.mx](mailto:betan@unam.mx)

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## Por una Europa no silenciosa

Por Vincenzo CAPPELLETTI

Presidente, SEC

AGRADECEMOS A ESTA CIUDAD, centro de historia con la valentía para la autonomía y la discreción, por la amistosa hospitalidad que nos ha brindado. Nos sentimos honrados encontrándonos en el espacio intelectual de la Universidad y de la Academia de las Ciencias: un ámbito, el de las “instituciones científicas superiores”, como lo llamó Wilhelm von Humboldt en la Berlín de su tiempo, que continúa permitiendo libertad auténtica —respeto por la persona, derecho de palabra, deber de escuchar— en los años de las libertades condicionadas, discriminantes, tendientes a la corrupción. Ha pasado por aquí la ciencia moderna que en el siglo de la revolución científica añadió, es casi inútil recordarlo, la obra de la descomposición analítica y de la investigación experimental a la autoconciencia humanística.

Con Luigi Lagrange, Turín enseñó al mundo continental en las décadas que precedieron y siguieron a la Revolución Francesa. Pero, antes de dejar la ciudad natal y la Escuela de Artillería donde enseñaba, encontramos a Lagrange entre los fundadores de la sociedad científica de la que nacería la Academia de las Ciencias en 1783. Sucedió a Euler en la dirección de la Academia de Berlín y le fue asegurada, ¡dichoso de él!, la posibilidad de estudiar sin trabajar. La *Mécanique analytique* la había planteado en Berlín pero apareció en París, en 1787, exactamente cien años después de los *Philosophiae naturalis principia mathematica* de Newton: uno de los aniversarios improbables que hacen sospechar la presencia de un comediógrafo sonriente detrás del escenario de la historia.

La obra de Lagrange es un hito en la concepción científica del mundo. Falta en Lagrange un postulado de fondo que pudiese equivaler a la atormentada hipótesis newtoniana de la atracción universal, señal para muchos de un inaceptable retorno a la física peripatética: y tenía que ser, si hubiera sido, un principio de naturaleza lógico-ontológica, sobre la relación entre realidad y formalismo matemático. Si nos hubieran sugerido dar un símbolo o una referencia piamonteses al encuentro de la Sociedad Europea de

Cultura, dicha sollicitud me la habría hecho llegar la solícita secretaria general, Michelle Campagnolo-Bouvier, y no habría dudado en escoger al extraordinario *clericus vagans* en la cima académica en Prusia y en cátedra en la Francia monárquica y después revolucionaria: el gran matemático poco conocido, que fue un físico teórico a la vez que un originalísimo teórico de la fisiología. La universalidad de la cultura, que la Sociedad contempla en su propio programa y en función de la cual se define europea, no se equivoca al considerar que el descubrimiento de la inexistencia de los límites del pensamiento se produjo en Europa; la universalidad de la cultura tiene en Luigi Lagrange un testimonio vívido y, por lo tanto, circunscrito pero documentado, y por lo tanto indudable. Después de él, Turín inscribe su nombre en aquella área de la razón histórica —la investigación científica de lo existente, como dice Dilthey—, que en el terreno político apuntó a finalidades diversas y más lejanas respecto de los derechos, de la función y los equilibrios de imperios, Estados y naciones: a agregaciones sociales más amplias, a la apertura de horizontes desconocidos a la vida, a una distinta solidaridad de competencias e intereses.

Las menciones que seguirán ahora, si bien muestra de cortesía, no son una *captatio benevolentiae* de quien nos hospeda: seríamos incapaces. Son liberación del recuerdo; es más, de la necesidad de recordar para comprender. Memoria es un nombre del alma que recupera su propia contingencia. Junto a Lagrange, una generación más joven, hallamos a Amedeo Avogadro y a Luigi Rolando, físico-químico uno e insigne anatomista de las estructuras nerviosas el otro. Avogadro ocupa el rango de primer filósofo de la naturaleza. Si Lagrange había sustituido a Leonhard Euler —quizá el mayor teórico de la mecánica pura de todos los tiempos— en la presidencia de la Academia de Berlín, Avogadro le quita de las manos la primitiva noción del átomo. Existen los átomos y existen, organizadas en estructuras complejas, las moléculas sobre las que se basa la química o bien el programa de investigación del que se servirá la ciencia moderna para introducirse en la sociedad y cambiarle, a principios del siglo pasado, las perspectivas y los comportamientos. Con el fisiopatólogo Giulio Bizzozzero, estudioso de la tipología de los tejidos orgánicos, original como pocos, que merecería ser redescubierto y repensado, y con Galileo Ferraris, gran electrotécnico, que quizá habría alcanzado el nivel de Lagrange si la brevedad de su vida no lo hubiera impedido, la Turín científica, el Piamonte, alcanzan el final de siglo y, con Biz-

zozzero, lo traspasan. Ejemplar, generoso, Ferraris descubre las máquinas para producir y los dispositivos para transferir grandes cantidades de energía eléctrica, enciende las luces y mueve los transportes públicos en las ciudades italianas: y en algunas aplicaciones descuella Lecce, en el lejano Salento. Se rehúsa Ferraris a reclamar las patentes, porque las ventajas de la ciencia pertenecen a todos. Pero la ciencia no es la única actividad del espíritu que expresa la dignidad de las tradiciones con las que nosotros en estos días también estamos relacionados. Con don Giuseppe Benedetto Cottolengo y las comunidades religiosas fundadas por él en las primeras décadas del siglo XIX e, inmediatamente después, con don Juan Bosco, la Congregación Salesiana, Turín y el Piamonte se convierten en guías de una conciencia religiosa abierta al alivio del sufrimiento, a la recuperación de los menores, a la formación profesional: los salesianos penetran con su apostolado áreas inmensas, especialmente en Suramérica, y recuerdan, tres siglos después, el ímpetu del primer núcleo jesuita alrededor de Ignacio de Loyola. Y mientras tanto, en la pequeña y ordenada mesa del conde de Cavour se había jugado y ganado la partida de ajedrez que tenía como apuesta la unidad de Italia. Y se había formado y legitimado la Turín de nuestro siglo, la ciudad europea sede de la empresa industrial y financiera de ámbito internacional, pero también de los nuevos saberes humanísticos que unen la antigua vocación a la autoconciencia con una reciente concretización de matriz científica. Historiografía, política y sociología, economía, filosofía del derecho y filosofía teórica forman la mezcla intelectual de una *polis* del siglo XX, que tiene una preñada unicidad, no sólo italiana.

Como puente entre 1800 y 1900 encontramos a Luigi Einaudi, que consolida los lazos entre el Piamonte y Europa alrededor del tema y del problema del liberalismo: una ideología que habría vencido en el tiempo el desafío de las dictaduras y de los totalitarismos, ampliando el espectro de los derechos individuales a la medida del hombre como persona. En Einaudi la afirmación de la libertad se une con la autoridad científica, con el rigor moral y con una desencantada sabiduría. Será el salvador de la moneda, tras el desastre de la última guerra. Hay un polo teórico del concepto de libertad, que es un deber colocar en Nápoles, en Benedetto Croce, el autor de la *Storia come pensiero e come azione*. Pero existe otro polo paritario: político, social y jurídico, que se encuentra en Turín y se manifiesta de Pietro Gobetti a Norberto Bobbio, pertenecientes a la generación sucesiva a la einaudiana. Incluir a Antonio

Gramsci, turinés por elección de estudios y de vida, es discutible: pero ha habido búsqueda de libertad, convulsionada y contradictoria, también por parte de los opositores del liberalismo en el terreno de la praxis política. Porque la libertad está a un paso, sólo a un paso, de aquel concepto del *kath' autó*, del absoluto, que traspasa toda la filosofía europea y, más bien, siguiendo a Croce, se identifica con ella: tanto que en Croce vemos nacer aquella distinción, llena de sentido, entre “liberalismo filosófico-metafísico” y “liberalismo económico-político”, que es difícil traducir en otras lenguas porque es inusual. Sabemos cuántas y cuáles han sido las infiltraciones marxistas en el autor del *Risorgimento liberale* y cuánta sufrida antropología liberal se haya filtrada en las páginas de *Quaderni dal carcere* de Gramsci. Es un diálogo estimulante, entre liberalismo y estalinismo, liberalismo y marxismo, liberalismo y democracia, Estado y sociedad civil, sociedad y persona. Norberto Bobbio tiene el mérito de advertir contra la abstracción de demasiadas distinciones y separaciones: y su perfil de pensador y de maestro se reflejan en el carácter de “cultura militante” que su obra y su vida asumen. Alrededor de la filosofía jurídica y social, expresión que figura en el título de una primera contribución de gran relieve, en 1934, Bobbio presentó y enlazó fenomenología y formalismo, marxismo y liberalismo, idealismo y filosofía analítica. Es un trabajo amplio y abierto, destructivo y reconstructivo como en la *Teoría de la norma jurídica*, de 1958: la huella de un magisterio fecundo, que no da señales de debilitarse. Alguien ha imaginado, justamente, que un originario *De juventute* se haya transformado en *De senectute* a causa de un diligente tipógrafo: como aquel que corrigió el *incipit* de un verso de Auden, “son los puertos que dan el nombre a los mares” en “son los poetas” de lo que Auden estuvo muy satisfecho. En este caso, Bobbio tiene el derecho, y diría el deber, de disentir y protestar.

En el terreno de la teoría del derecho se encuentran Bobbio y Umberto Campagnolo, fundador de nuestra Sociedad, y el nudo concreto que los une en una luminosa amistad termina con ser una Europa metageográfica pero no metahistórica. Son los años entre el final de la década de los treinta y principios de los cuarenta. Años en los que el epílogo de una trágica paz, querida por Inglaterra y Francia y no impedida por Estados Unidos, finaliza en otra guerra que liquidará el modelo del Estado nación. Una guerra que es, a su vez, provisional porque crudamente cuantitativa: en términos ideológicos, los totalitarismos se encuentran de las dos partes,

si bien la promesa de las libertades civiles venga de una sola de ellas. Son años de repensamientos radicales: “Refaire la Renaissance” había titulado el católico Mounier el editorial del primer número de *Esprit*, en 1932. Y la misma exigencia de recuperación de algo sustancial y olvidado se hallaba en la raíz de las lecciones husserlianas del 1935-1936 que darán vida a la póstuma *Krisis der europäischen Wissenschaften* (Crisis de las ciencias europeas). Son de 1938 dos trabajos de Campagnolo esenciales en el paradigma de la utopía realista que está planteando: “La paix, la guerre et le droit”, un artículo que aparece en la *Revue de Droit International Public* y el volumen *Nations et droit* acogido en la prestigiosa *Bibliothèque de philosophie contemporaine* de Alcan. El Estado, para Campagnolo, se identifica con el derecho y, por lo tanto, acepta el derecho internacional sólo si y en cuanto éste forme parte del derecho estatal. En 1941 Campagnolo, que había dejado Suiza regresando a Italia, se encuentra en Ivrea como responsable de relaciones públicas de Olivetti: se relaciona también él con la tierra donde hoy nos encontramos y con las vicisitudes culturales que hemos mencionado. En la posguerra, Campagnolo se empeña en un vasto frente de trabajo. Abandonada Ivrea, donde Adriano Olivetti pasaba de la cultura a la acción social para llevar a cabo el proyecto delineado y expuesto en el *Ordine politico delle Comunità*, en 1945, milita en el Movimiento Federalista Europeo y llega a ser secretario general entre 1945 y 1946. A los escritos de Ernesto Rossi y al *Manifiesto di Ventotene* de Rossi y Altiero Spinelli, Campagnolo une su *Repubblica federale europea*, donde afirma la exigencia de un “Estado de las naciones europeas” que comprenda Inglaterra y Rusia —se habla, en la página 72, de Rusia y no de Unión Soviética. La historia de Europa “es esencialmente la historia de una cultura y de una civilización”. El Movimiento europeo tiene “deberes culturales” además de políticos. Campagnolo ha individualizado el término medio, mejor aún, mediador, entre absolutividad e historicidad: la “cultura” que en el *Petit dictionnaire* del 69 definirá actividad creadora de valores, reivindicando para la civilización europea el descubrimiento del carácter universal que tal creación puede tener. La europea es “civilización de lo universal”.

Europa, postrada por la guerra, ha reencontrado su voz, que se levanta también desde el Piamonte a través de Campagnolo y Bobbio. Es una Europa en utopía, para decirlo con el título de la reseña que el historiador Aldo Ferrabino, también piamontés, ha-

bía dedicado a la *Storia d'Europa nel secolo decimonono* de Croce, en la *Nuova Antologia*.

La áspera crítica de Ferrabino se había filtrado hasta Gramsci, en la cárcel desde el 28 con la condena de veinte años de reclusión, el cual le había dedicado una nota en el tercer *Cuaderno*. Ferrabino habría regresado de la utopía al realismo pero añadiéndole elementos católico-retóricos. No es exacto: el Ferrabino católico existirá muchos años después. Pero la inteligencia de Gramsci no se negaba: del realismo en el sentido de la *Realpolitik*, y Ferrabino sentía la influencia, la Europa de los resurgimientos no se podía alcanzar y era inalcanzable la gestión del problema europeo, entre el final de la Segunda Guerra mundial y el inicio de la paz. La Europa en utopía volvía a ser necesaria, pero la utopía vencedora no podía ser más que aquélla realista y, por lo tanto, también política. El utopismo europeo, entendiéndose como tal un pensamiento llevado al límite, una reflexión asintótica que se mueve entre una tradición reinterpretada y un futuro axiomatizado, el utopismo que se formó entre los años cuarenta y cincuenta, es una riqueza de la que todavía hoy nos beneficiamos. Hombres que proceden de la filosofía, de la mística, del exilio o de la cárcel, del aislamiento o del dolor, convergen hacia las fuentes de una civilización común. Y confieren a una Europa postrada y humillada, tanto en los vencedores como en los vencidos, la valentía de hablar con acentos universalmente humanos. En Ginebra, en Royaumont, en Alpbach, en Ascona, en Venecia, en Chartres, en Berlín y en Praga, en una inolvidable primavera, se descubre de nuevo la humanidad como finalidad inmanente a la dialéctica misma de las naciones y se desagrega la noción de Europa en momentos distintos y correlativos. Están las Europas geográficas: la del Atlántico al Elba, la del Atlántico a los Urales y la que intenta abrazar las dos orillas del Atlántico. Está la Europa de las gentes, que llora decenas de millones de muertos. Y hay, persistente en la catástrofe, una civilización que ha reencontrado la no limitación del pensamiento en el límite del sujeto humano, y lo ha utilizado para sintetizar dos visiones del mundo distintas y recíprocamente remotas: la hebraico-bíblica y la greco-latina. Pero esta última Europa, la tercera, aquélla antropológico-metafísica, no tiene tiempos o espacios que puedan condicionar el significado. Y he aquí la Sociedad de Cultura y he aquí a Campagnolo que luchan por la paz y por el diálogo y exorcizan la guerra fría y la amenaza nuclear, helos aquí reencontrando la sustancia formal de Europa y donándola a todos como un



valor que espera una opción afirmativa o un rechazo en nombre de un valor antitético. Es un paso de importancia radical y de profunda originalidad en la armonía de las voces europeas: un paso que tiene la belleza de la intuición agustiniana y el rigor de la deducción trascendental de Kant. En México, hace algunas semanas, nos encontrábamos en el círculo fraternal de la Sociedad Europea de Cultura, presidida allí por un ilustre pensador, Leopoldo Zea, con la colaboración de Patricia Galeana, directora general del Archivo General de la Nación. Los mexicanos son conscientes de las peculiares dialécticas ínsitas en las tradiciones de su cultura, pero intentan encaminarlas hacia la orilla de la autoconciencia y de los valores.

Como dijo el primer ministro Churchill hablando en el Parlamento el 20 de agosto de 1940, quizá en ninguna otra situación histórica los muchos habían contraído con los pocos una deuda tan grande. Churchill se refería a la batalla aérea en curso en los cielos ingleses, la vigilia del día glorioso, el 15 de septiembre, el día de las águilas. Eran premisas remotas a la caída de Francia a causa del envolvimiento de la Línea Maginot y a la victoriosa resistencia británica aérea y marítima. Los ingleses habían tomado muy en serio el aparato creado por Robert Watson en 1935, el radar. Al inicio de la guerra las posiciones de señalización estaban muy extendidas y eran capaces de señalar los ataques de la *Luftwaffe* oportunamente a la *Operations room*, el centro de defensa aérea emplazado en un subterráneo a prueba de bomba. El caza ligero se reveló un mortífero antagonista de los pesados aviones de bombardeo enemigos. Ciencia y tecnología se habían movilizado en Gran Bretaña, ausentes en Francia, emigradas de Italia, de Alemania y de los países ocupados con Fermi, Einstein, Bethe, Bohr. Los pocos eran conciencia y corporación en los países libres, y no sólo eso: tenían acceso a las mentes y al corazón de los muchos. En la posguerra, la construcción política europea sería obra de pocos en relación con los muchos en el marco de la libertad restablecida. También la Sociedad Europa de Cultura ha sido expresión de una minoría, de una cumbre de la cultura internacional en los años cincuenta y sesenta. Recordemos algunos de nuestros pocos: los Croce, Jaspers, Sartre, Russell, Toynbee, Aron, Kasler, Jemolo, Pasternak. Detrás de ellos y de otros que trabajaban por Europa, la paz y el diálogo, se encontraban los perfiles de los grandes muertos por el rescate de la dignidad humana: los Bohnhoefer, Bloch, las Stein, Weil. Diálogo y contribución de las ideas a la construcción

encuentra otra y más severa afirmación: para obtener el reino de los cielos no basta invocar al Padre, es necesario cumplir su voluntad. Nuestro programa, un pacto libremente suscrito y acompañado por Umberto Campagnolo, con una luminosa coherencia de vida, nos obliga a extraer de la cultura, como pensamiento que crea valores, una norma de presencia, un fermento creativo, un testimonio intelectual y moral.

Devolver la voz a Europa significa reclamar la autoconciencia; el adecuarse a la antigua vocación por la universalidad humana; la cognición y el enriquecimiento de un universo de ideas y lenguas, de instituciones y de comportamientos civiles. Significa evocar el coraje de la innovación en una Europa que debe darse los requisitos del sujeto político unitario, capaz de contribuir a la historia de un mañana secular y milenario que se avecina y es ya presente. Se encuentra toda la modernidad tras el programa delineado, y están los antiguos, también ellos, los "chers Anciens" de Harvard: innovar significa reavivar, no cancelar, cuando se trata de entidades sustanciales. Resonará la voz de Europa cuando los pocos hayan convencido a los muchos que la asignación de la representación a una autoridad central europea no es sustituible por ninguna forma refinada de ejercicio del control administrativo. Una de las creaciones mayores de la cultura europea, la Universidad, espera conciencias que se propongan salvarla del empobrecimiento al que se querría condenarla. Mientras, el pensamiento crítico espera los lugares y los receptáculos donde transferir en el diálogo sus algoritmos metafísicos. Alrededor de la Universidad se debe reorganizar la investigación, un comportamiento antropológico nacido en la edad moderna para flanquear la autoconciencia humanística. Es un problema central de la investigación la definición de las relaciones entre las partes y el todo, entre naturaleza física y naturaleza viviente, entre corporeidad y psique. Es necesario salvar al individuo y llevarlo a concebirse como persona: y colocar a la persona como barrera insuperable contra un movimiento de difusión y agregación a escala planetaria, que tiene sentidos distintos en el campo económico y en la perspectiva antropológica. Digámonos claramente que la Asamblea de Turín podría representar un cambio de dirección para la Sociedad Europea de Cultura. Nos encontramos involucrados tanto en el proceso político de la unificación europea como en el enriquecimiento y en la reproposición de Europa como paradigma de civilización. La política de la cultura significa también cultura empeñada en la política sobre los

objetivos y en la manera que hemos precisado. Y hay algo más que despierta una alegría profunda en cuantos creen en la Vida como tercer nombre de lo Absoluto junto al Ser y al Pensamiento. Mundos lejanos de la Europa de Erasmo, al norte, al este, al sur del Mediterráneo y más allá del Atlántico, mundos que entran o son extraños a la órbita geográfica e histórica de Europa, que hablan con acentos propios de dialécticas planteadas por ellos con grandes tradiciones, de experiencias realizadas y de perspectivas que ven abrirse. La Europa de Erasmo, núcleo oculto y permanente del sujeto histórico y político que en la edad moderna ha planteado cambios y revoluciones, ya no está sola. Nos habla de nuevo Rusia, ha vuelto a hablarnos el mundo de lengua hispánica, nos habla el mundo árabe en nombre de valores profundos, mientras la tradición hebraica ha vuelto a ocupar su lugar y también ella une su voz inmensamente sugestiva en la tierra de Israel. Y bien, la tarea de anudar en un diálogo todas estas voces y los proyectos que expresan no tiene que atemorizarnos. Una vez más, los pocos tienen que tener el valor de ponerse a trabajar para el presente y el futuro de la civilización a la que pertenecemos. Quizá un día los pocos cesarán de ser un hecho, una anomalía, y se desvelará la ley que preside la elección integral del deber por parte de una minoría. Nosotros no esperamos entender esta cifra de la existencia; es más, preferimos olvidarla. Nos basta tomar nota de lo que se espera de nosotros, de la fatiga y de la luz prometidas a nuestros días.

*Traducción del italiano de Luisa Ibáñez Pelechá*